

# RUEDA DE ALCALDES

## PEPINO: Muchos pastos y poca labor agrícola

- El ganado, la principal fuente de riqueza.
- Un lugar de excursiones domingueras de los talaveranos, que encuentran buen vino, cocina excelente y mucho campo para expansionarse.

El primer problema de Pepino está en saber dónde encuadrarlo. Según algunos es una especie de villa de recreo de los talaveranos que al caer el día o los fines de semana se marchan allá para gozar un poco de tranquilidad y comer pan pan, de lo de antes, y pinchos que, tan sabrosos, se sirven ya en pocas partes. Según otros es un pueblo pequeñito y mal urbanizado que está condenado, como todos los pueblos rurales de España, a la desaparición más pronto o más tarde. Como se ve todo es cuestión de óptica y de política. Lo mejor será no entrar en la discusión, porque hartos sobrados estamos ya de problemas políticos sin crearnos uno más a costa de Pepino. Es un hecho que en los bares hay pinchos muy buenos, vino excelente y un pan que tiene fama en Talavera. Como que la panadería del lugar no da abasto a producir y van a tener que poner un nuevo despacho de pan.

Para ir desde Talavera a Pepino, tal como están ahora las carreteras, lo mejor es tomar la de San Román y volver a la izquierda al encontrar el indicador. No hay baches, y el firme está en óptimo estado. El otro camino, es decir, el de la carretera de Cervera está en peores condiciones. Las lluvias han removido el asfalto y más que baches, en algunos lugares, hay socavones. Por la carretera mencionada en primer lugar se empieza a pisar tierra de Pepino apenas se cruza el canal del Alber-

che. Pepino, a pesar de ser un pueblo chiquito, tiene un término municipal amplísimo. Dentro de él se encuentran algunas fincas grandes cuyo nombre es conocido por todos los talaveranos: Espinosillo, Cornicabral, El Chaparral, Pastuero, etc. Se diría que Pepino es como una de esas ciudades antiguas a las que le ha crecido una periferia enorme que las aprisiona. Con la diferencia de que en un caso la periferia es de asfalto y en el otro, de praderas y pastos.

Una de las primeras casas que se encuentran a la entrada del pueblo yendo por la carretera de San Román es la del alcalde. Un poco más abajo, fuera de la calle principal, está la nueva casa del médico y centro rural de higiene recientemente construido y apenas inaugurado. Caminando hacia el centro, antes de llegar a cualquiera de los dos bares donde el viajero puede tomarse un chato y probar el riquísimo magro, se van dejando atrás puertas medio entornadas. A las puertas hay señoras ancianas y algún que otro niño. Unas barren la antepuerta, otras charlan, las más ocupadas están tendiendo la ropa delante de casa en una cuerda. Apenas si se ven hombres a estas horas del día, once de la mañana. Los perros merodean por las calles; dos, más sibaritas, están tumbados al sol sobre unas losas de piedra que las lluvias del invierno han dejado limpias y apetecibles.

En Pepino no tenemos recuerdos históricos que remozar. No hay archivos que documenten los orígenes del pueblo porque el fuego destruyó los legajos más antiguos de la parroquia. Así que callejamos de aquí para allá, sin meta fija, dejando únicamente que la retina se llene con la figura de las mujeres que van de una parte a otra sin precipitación y saludando a las vecinas que encuentran a su paso. Hay tranquilidad. Despaciosamente, también nosotros, subimos hacia la iglesia que se halla fuera del pueblo, colocada un poco en alto. No tiene nada de especial. Por fuera es de ladrillo, por dentro tiene blancura de cal. Los rezos de tres mujeres — rezos a media voz — revolotean por entre las figuras de los santos que están adosados a las paredes, a lo largo del templo. Al lado de la iglesia está el cementerio. Dicen que en el cementerio hay tumbas muy antiguas. Nos subimos a la tapia que lo rodea y miramos dentro. No se ve nada. Destacan entre tumbas de tierra, llanas y sencillas, cinco "panteones" de mármol blanco. El sol, que luce con fuerza, hace resaltar los contrastes.

Se ve desde la iglesia la explanada que se usa para el tiro al plato, uno de los deportes que más se practican en este pueblo. Eso está mirando hacia el Cerro Moro — lugar de leyendas y piedras con inscripciones misteriosas. Mirando hacia arriba hay chumberas y pedregales. Crecen entre unas y otros espárragos frescos que las gentes buscan con ahínco. Y cuando sale la conversación, los del pueblo hablan de las culebras que hay en el campo. Al parecer son grandes, aunque inofensivas a no ser que estén en celo. Los viejos del lugar relatan historias que ponen los pelos de punta. Sólo dan una recomendación: que cuando se salga al campo se lleve un palo en la mano.

El alcalde de Pepino, don Jesús Barrientos Sánchez, 67 años casi todos vividos en la localidad, de campo, culebras y lagartos sabe todo lo que quiere. Relata con fluidez anécdotas sobre reptiles recibidas de una generación a otra, sin dramatizarlas; pero poniéndole ese punto de suspense que tienen todos los buenos narradores lugareños. Para él son cosas serias. Su vida es el campo, el contacto con la naturaleza y el ganado. Conoce el término de Pepino de memoria. Al hablar, evita los vocablos abstractos que con tanta frecuencia usamos los ciudadanos. Las fincas tienen nombres, límites y dueños.

No obstante la edad, don Jesús Barrientos conserva una memoria envidiable. En una de las digresiones de la conversación nos habla de la primera vez que salió de Pepino. Fue con motivo del servicio militar. Le tocó a África. Iba, como es natural, un poquito asustado. Y más cuando, apenas desembarcado en territorio africano, vio en su primer acuartelamiento la siguiente pancarta: "Morir por la patria no es muerte, que es gloria; se muere en el mundo y se vive en la historia". Se le quedó tan grabada y le impresionó tanto que aún hoy la recita como si la estuviera viendo frente a sí.

La conversación sobre el pueblo de Pepino y sus problemas está toda ella salteada de anécdotas. El alcalde es un hombre hablador al que se le enlazan los conceptos sin darse cuenta. Pasa de asuntos de interés general a anécdotas y



Don Jesús Barrientos Sánchez, alcalde de Pepino.

hechos muy particularizados sin solución de continuidad. Usa de vez en cuando palabras castizas que son como manchas de color casi olvidadas en el cuadro de la lengua de todos los días.

— Quise haberme echado para afuera de alcalde, pero fue imposible el conseguirlo. Después de un tira y daca, entre unas cosas y otras me encontré en casa con la documentación para solicitar la permanencia, y aquí me tienen. Soy alcalde desde 1964, y antes de ser alcalde fui secretario de la Hermandad. Conozco el pueblo como la palma de la mano...

— ¿Habrá alguien que quiera darle el relevo, no?

— A los que se lo propusieron reaccionaron más o menos así: "Si me hacen alcalde me voy para Talavera; si me echan eso encima me vuelvo nuevamente para Alemania..."

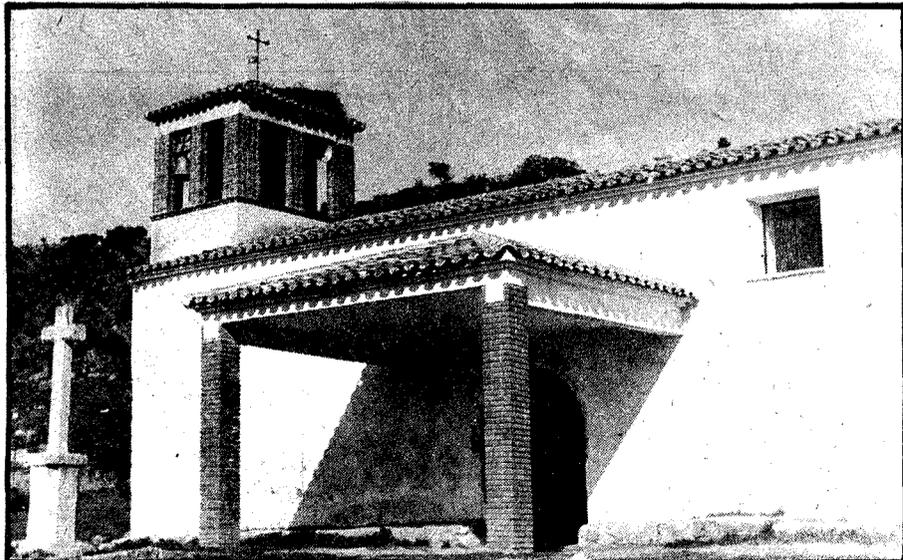
— ¿Y usted no pone ningún "sí"... ninguna condición?

— Mi condición fue que continuaran en el pueblo alguno de los dos secretarios con los que he trabajado y que conocen los problemas de Pepino tan bien como yo. Dije: "Si no viene uno de esos señores yo no continúo de alcalde".

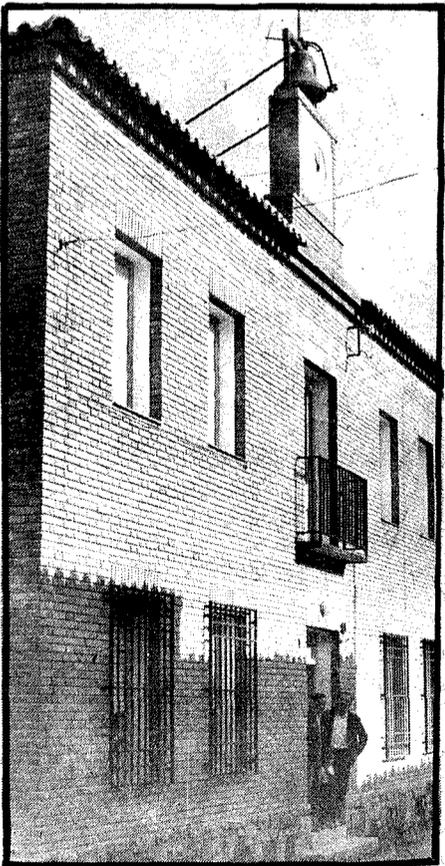
Componen la corporación de Pepino, el alcalde, don Jesús Barrientos Sánchez y los concejales don Cástor Gil Sánchez, Dámaso Barrientos Sánchez (que es juez



El arroyo al que vertían las aguas sucias ha sido canalizado.



Vista parcial de la iglesia parroquial. (Fotos Rodríguez).



La Casa-Ayuntamiento de reciente construcción.